

# Apoliticismo pequeño burgués

Manuel Espinoza Orellana

## I

A través de este trabajo intentaremos dar respuesta adecuada a una actitud dubitativa, que afecta especialmente al hombre de las capas medias de nuestra sociedad. Ella se refiere, a si la política es o no parte integral de todos y cada uno de los miembros de la comunidad como seres conscientes.

Nuestra respuesta afirmativa ocupará el total desarrollo de este artículo y ojalá, logremos esclarecer la cuestión, cuyo confuso planteamiento tradicional se transforma en un factor negativo para la lucha de liberación social en que estamos empeñados.

La Derecha ha difundido interesadamente, que la política es ocupación propia de determinados sectores dentro de la sociedad. Que su generalización trae por consecuencia funestas divisiones e irreconciliables rencores entre los individuos. Por tal motivo, debe ser desterrada de la vida social, relegándola a esferas de acción limitada, que estén en relación directa con la actividad del gobierno. Se preconiza en esta forma una dualidad de conciencia social: una, destinada a reflejar de manera inofensiva, apolítica, inocua, las relaciones socio-culturales y productivas; y otra, que expresa el interés de ciertos individuos por la actividad política como una manera de obtener el control de las actividades de gobierno.

Trataremos de demostrar la falsedad de esta aseveración, que plantea serias discrepancias en la lucha social de nuestra época.

El pensamiento político de la Derecha, tan cohesionado y fuertemente consciente como instrumento de acción y dominio, ha impulsado premeditadamente el apoliticismo como

una de las formas específicas de su autodefensa. Es así como pretende dar la imagen de una cultura occidental situada en una ubicación marginal a toda influencia política. Se plantea a partir de este punto de vista una filosofía, un arte, una literatura puros, incontaminados. Se plantea también un gremialismo apolítico, una vida sindical al margen de las corrientes ideológicas que ayudan a generar y configurar el Estado, regulador de todos los actos civiles de los individuos.

Pero este apoliticismo es una mentira. Para los individuos que lo asumen, se constituye en la más negativa de las ubicaciones políticas, en cuanto detiene la acción transformadora del hombre sobre la sociedad.

Queremos demostrar a través de estas páginas, la equivocación tremenda de quienes, siguiendo dócilmente el pensamiento tendencioso de la Derecha, adoptan la actitud del apoliticismo pretendiendo situarse al margen del torbellino de las presiones sociales cuyo desencadenamiento es el resultado natural de los antagonismos de clase. Concluiremos así en que la formulación de ideas nunca es inocente; que ella siempre implica una ubicación. Expresaremos que siendo la política la ciencia de la sociedad natural convertida en sociedad civil, en todo miembro de la sociedad hay por ubicación una posición política. Quien a título de defender su libertad pretende volver la espalda a su época y a los problemas que ella le plantea, tomando una actitud apolítica, no hace más que prestar colaboración consciente o inconsciente al orden establecido y a las condiciones sociales imperantes. Nadie se salva de asumir una responsabilidad y de elegir una trinchera. Nadie puede ostentar su pura inocencia; to-

dos estamos implicados en el proceso vital de la humanidad y es inútil tratar de sustraernos al imperativo social de la historia.

## II

La naturaleza fundamental de todo filósofo, es la de su existencia humana y material sujeta a la necesidad de subsistir, como el común de sus semejantes. Es por lo tanto como hombre, producto social de un ambiente histórico determinado. Quizás constituya esto una perogrullada, pero en todo caso la verdad es que un hombre, en el más alto sentido de la palabra, no se hace por generación espontánea. La moderna psicología nos dice en sus textos más elementales, que las presiones y alteraciones del ambiente exterior natural y social, actúan ya en el organismo en gestación del hombre, en el claustro materno. Naturaleza y sociedad constituyen los dos factores indispensables en la realización del individuo.

¿Cómo podría explicarse así inequívocamente, que el pensamiento de un filósofo es algo que necesariamente escapa a las influencias del medio? La filosofía griega fue postulada como el resultado de la admiración del hombre ante el universo infinito. Y la especulación imaginativa de Platón, junto a la metafísica aristotélica, surgen en total menoscabo de la investigación empírica de la naturaleza. La corriente materialista del pensamiento griego, fue castrada por la metafísica.

Este triunfo momentáneo de los especulativos sobre lo concreto y real, dio margen a la enorme fantasía universal del pensamiento puro. Desde entonces la metafísica se ha erigido en el refugio de la absoluta libertad individual. Y así el hombre, cargado de cadenas que le atan cual Prometeo a una muy concreta servidumbre terrenal, se hunde en los abismos de su etéreo pensamiento, en el que encuentra el placer de comprobar la realidad de su plena libertad espiritual. Pero como en la vida todo camino es de ida y regreso, a la vuelta de su alucinante viaje, siente el dolor de su enclaustramiento material y constata la inconsistencia de esa libertad pura, que no le redime de su verdadera esclavitud. Y se da cuenta que la metafísica le ha mentado; que su verdadera libertad sólo puede consistir en el dominio de la naturaleza; que la existencia implica ante todo la subsistencia y que su pensamiento sólo es efectivo en cuanto es producto de su acción. Y comprueba entonces la inutilidad de su

huida hacia los arcanos de su inconciencia, en una búsqueda quimérica de la verdad.

**La filosofía no es necesariamente metafísica:** El idealismo burgués ha condicionado a la filosofía a ser esencialmente metafísica. Y esta es su mayor defensa de la absoluta libertad del pensamiento. Un filósofo —dice la burguesía— está absolutamente al margen de toda influencia social y política. Quien pone su pensamiento al servicio de una política determinada, deja de ser filósofo para transformarse en un ideólogo político. La elaboración del pensamiento filosófico requiere para ellos una total prescindencia de lo político y de lo social. El filósofo se constituye así en un creador de ideas abstractas; en un formulador de valores ideales cuyo límite es la universalidad y su validez es extraída por oposición a la realidad material. Lo concreto es para ellos una limitación excluyente, que ciñe a los individuos dentro de una estructura estrecha, en la que para convivir y subsistir bastan unas pocas creencias e ideas generales. El filósofo en cambio, es aquel hombre que por su inteligencia abstracta, rompe este marco estrecho y se eleva al conocimiento supremo de los grandes valores trascendentales, por el camino de la metafísica.

Pero la filosofía no es necesariamente metafísica, basta para afirmar ésto, remitirse a la sugerente significación etimológica del concepto: Amante de la sabiduría o amor a la sabiduría. Ser sabio es tener conocimiento. Y amar, querer, admirar, desear el conocimiento, es ser filósofo. Luego, filosofar es emitir juicios con conocimiento de los hechos; y los hechos no se comprueban a través de la metafísica. Para establecer la veracidad del conocimiento es necesario recurrir a la experiencia; y esta sólo es posible fuera de la conciencia individual, en la realidad concreta de nuestras relaciones con las cosas y con nuestros semejantes.

Se podría argumentar en contrario, que para los griegos que nominaron esta ciencia, la sabiduría abarcaba toda la limitada gama de conocimientos de la época y, por lo tanto, muy especialmente aquellos que decían relación con el alma, la moral y la belleza, cuya definición se buscaba por la especulación metafísica, de lo que podría deducirse que filosofía para ellos, era fundamentalmente esto último.

Nuestra réplica a esta argumentación, es que el pensamiento especulativo que da margen al nacimiento de lo que Aristóteles llamó metafísica, fue la consecuencia del li-

mitado nivel de los conocimientos de la naturaleza, debido a causas históricas que es obvio señalar (fundamentalmente el sistema y las relaciones sociales de producción de la época). No debemos olvidar que el enorme poder imaginativo de los griegos, comprobado en las sublimes creaciones de su genio artístico, hacía primar en la investigación de la naturaleza, una cierta actitud especulativa, con la que pretendían equilibrar el estado de inseguridad en que se encontraban para llegar a establecer en determinadas circunstancias, las relaciones de causa y efecto. Esta actitud, mezcla de creencias míticas y de ancestros religiosos arraigados profundamente en sus espíritus, les llevaba a buscar conexiones trascendentes a la realidad, como un medio de dar solución satisfactoria a un hecho que escapaba a las posibilidades de la comprobación científica del momento. Y en lo que se refiere al conocimiento del hombre mismo, las ciencias sociales ni siquiera se habían configurado en sus limitaciones específicas, como para pretender que el pensamiento filosófico se proyectara en este sentido de una manera científica.

Así, los grandes problemas del alma humana, de la conducta individual y del sentido de la belleza, eran para la sensibilidad artística de los griegos, temas de incitante curiosidad, que les llevó a buscar por los caminos de la imaginación, lo que no podían investigar de manera científica, porque el nivel de sus conocimientos y por lo tanto del desarrollo de su conciencia no les permitía.

La metafísica viene así a representar el producto de una insuficiencia de conocimientos. Los postulados de la metafísica no tienen el carácter de proposiciones susceptibles de ser comprobados empíricamente. Su formulación no es por lo tanto científica y no añade nada a la conquista de la libertad humana, en cuanto esta última implica el dominio de la naturaleza y de sus leyes.

La filosofía no es necesariamente metafísica. Todo hombre es potencialmente un filósofo, en cuanto siempre busca movido por su necesidad vital de conocer, dar una explicación a los fenómenos naturales y universales que la existencia le plantea. En todo hombre aflora andando el tiempo una concepción del mundo y de la vida, que la adquisición continua de experiencias y conocimientos le ayudarán a rectificar haciéndose la cada vez más exacta. Porque el conocimiento fluye de la vida y de la acción social constituidas como experiencias.

**Las influencias del medio social:** La vali-

dez del pensamiento es proporcional al grado de desarrollo de la conciencia humana; se manifiesta por lo tanto influido por el medio social. La conciencia humana es el producto de las relaciones sociales determinadas en un momento histórico dado. No es solamente la herencia de sus antepasados lo que configura la vida interna de los individuos. El desarrollo de su conciencia se efectúa inmerso en un medio social que se constituye en un plasmador y transformador de los factores hereditarios, sometidos a presión del ambiente exterior desde el proceso mismo de la gestación en el vientre materno. Así, el individuo se va modelando en su desarrollo como ser social a través de la dinámica interactiva de su propia acción, de la que fluye una naturaleza humanizada y una conciencia humana en constante relación.

De aquí el carácter funcional de la conciencia, la cual no puede existir en sí, es decir, como continente previo al contenido. De la conciencia podemos captar su acción, su presencia como movimiento dinámico reflectante que tiene la cualidad de apereibir. En ningún caso podríamos llegar a tener la experiencia de nuestra conciencia como una realidad vacía de contenido, estática, detenida en el tiempo; como tal, no existe.

Al señalar la esencia funcional del fenómeno conciencia, queremos demostrar la posición contradictoria en que incurren quienes pretenden convencernos de que todo cambio en la sociedad, debe efectuarse como consecuencia del cambio operado en la conciencia del hombre. Mejoremos al hombre y mejorará la sociedad —es la premisa de estos defensores del orden burgués, que se oponen de manera clasista a las transformaciones estructurales que promueven los grandes cambios revolucionarios en la historia.

Para defender su punto de vista, ellos parten de una conciencia individual anterior a todo orden social, que imprimiría al medio el carácter eterogéneo de las tendencias, pasiones y aptitudes que los individuos llevan en sí, y que no hacen más que desarrollarse en el ambiente social, en circunstancias favorables creadas por ellos mismos. Según esta teoría es el individuo quien caracteriza el ambiente social de una época. Y se reflejan en dicho ambiente todas las contradicciones internas que los individuos acusan en sí, como productos de su propia conformación humana. Porque el hombre para ellos es malo por naturaleza, y sólo los más conscientes pueden llegar a descubrir la causa de su malidad y por lo tanto, sólo éstos pueden en

cada época emprender la cruzada del perfeccionamiento del hombre, creando sectas religiosas o filosóficas, en las que los iniciados sufren la metamorfosis esencial de sus vidas, que les erige en cruzados apostólicos del bien.

De esta manera, la sociedad es para ellos una entidad atomizada en la que los individuos aislados entre sí, pese a su promiscua existencia, viven la tragedia de una supervivencia social sin salvación, a menos que ellos mismos se modifiquen y perfeccionen dando margen a un medio social distinto.

Es esta la absurda ubicación que sincera o premeditadamente adoptan determinadas personas e instituciones en la sociedad capitalista. Pero es una posición indefendible, que la comprobación científica viene rápidamente desvirtuando.

El hombre, es el único ser del reino animal cuya evolución le ha permitido llegar a percibirse en su existencia. Los demás seres del reino animal, viven en la naturaleza y por ella, como una prolongación orgánica de la materia que no ha establecido delimitación. En cambio el hombre, vive de la naturaleza de la que ha emergido apartándose en un acto de conciencia, que se constituye en la diferencia más sublime de su especie. El hombre vive de la naturaleza y la transforma, transformándose a sí mismo. Pero este vivir de la naturaleza y transformarse transformándola, es algo que el hombre ejecuta como ser social. Con la aparición de los primeros atisbos de conciencia social, la tribu reemplazó a la horda primitiva y la sociedad civil a la sociedad natural. La evolución de la especie hombre no se efectuó por modificación espontánea de las individualidades, sino por transformación de toda la especie en sus constantes relaciones con el medio físico y social. El ser social del hombre es contenido esencial de su existencia. Los pronombres personales yo y tú afirman su validez más significativa en la realidad indiscutible de su constante interacción. La afirmación egocentrista del yo, por oposición dialéctica al tú, tiene el significado de expresar características individuales que singularizan la manifestación social de la conciencia humana, pero que en ningún caso niegan la validez de su naturaleza esencial. El hombre como individuo es el producto de un conjunto de circunstancias internas y externas que se manifiestan dialécticamente dinamizadas a través de la acción social. Nada hay pues en las manifestaciones del individuo que no lleve en su esencia, el germen de la especie.

Vemos así cómo el medio social influye fundamentalmente en la gestación de la imagen del mundo y de la sociedad que se efectúa en la conciencia humana individual. Las grandes concepciones filosóficas y religiosas no hacen más que traducir la inquietud intelectual del hombre ante lo no conocido. Por tal motivo se constituyen en índices del nivel de conocimientos existentes en un momento histórico dado. Es absolutamente imposible pensar, que en los actuales instantes del desarrollo técnico y científico, pudiera florecer un movimiento religioso que constituyera una nueva dimensión básica en la explicación del hombre y del mundo, como lo fue el Cristianismo en los albores de su nacimiento. Todos los intentos en este sentido, no han sido hasta ahora más que variaciones sobre un mismo tema: la existencia de un agente causal que dé motivo a la existencia del mundo, del hombre y del espíritu. Y a medida que la experimentación científica avanza, ensanchando el círculo de lo conocido, la posibilidad de llegar a establecer hipótesis religiosas a un grado decisivo de certidumbre colectiva, se hace cada vez más cuestionable.

Así también las grandes concepciones metafísicas de la filosofía idealista han sido superadas por las irrefutables aportaciones del pensamiento dialéctico. La polarización metafísica de sujeto cognoscente y objeto conocido a través de un acto de contemplación, ha sido desplazado por la teoría del conocimiento dialéctico, en el que sujeto y objeto se interrelacionan en un acto de conocimiento dinámico, que es fundamentalmente acción transformadora.

Queremos demostrar con esto que a estas alturas del desarrollo histórico, se ha quebrado irremediablemente el estatismo de las grandes realidades metafísicas y teológicas que enmarcaban y deformaban nuestra concepción del mundo y de la vida. Hoy más que nunca podemos darnos cuenta cómo nuestras ideas y pensamientos fluyen directamente elaboradas en el seno de la interacción constante de una multitud de factores ambientales, que constituyen nuestra realidad social.

Esa influencia de factores ambientales genera continuidad en el pensamiento humano y por lo mismo, no da margen a postulaciones diversas en la interpretación de los hechos. Lo que se considera válido para la filosofía o la religión, lo es también para la literatura, el arte, la ciencia, el derecho o la economía. La personalidad de los individuos es unitaria

y normalmente no puede desdoblarse para rechazar en política lo que acepta en filosofía o religión. En el fondo todas estas manifestaciones están determinadas por la ubicación que los individuos tengan en el proceso social de la producción.

Las influencias del medio social en la elaboración de las apreciaciones y puntos de vista sobre los diversos problemas que la vida plantea al hombre, son evidentes. Hay un férreo entrelazamiento de ideas que son el trazo de la imagen colectiva de la sociedad en un momento histórico dado, y que cada individuo pretende apropiarse como su producto exclusivo, como su perspectiva personal ante el mundo. Pero si descomponemos esos juicios individuales, esas ideas cuya singularidad se defiende siempre a título personal, y las reducimos a sus elementos más simples, encontraremos en todas ellas reflejado el común denominador de cada clase social.

Surgen así las fundamentaciones filosóficas y las ideologías, que tienden a reflejar los sentimientos y las aspiraciones colectivas de los diversos sectores sociales. Causas estrictamente económicas dan configuración a la estructura del Estado, el que se constituye en regulador de la sociedad civil, y todos los miembros de la comunidad adquieren los derechos y los deberes propios de una sociedad políticamente organizada. Porque la política es la forma de manifestación de la vida ciudadana. Los individuos de una comunidad integrada como Estado institucional necesariamente tendrán que adoptar en todos los actos de su vida colectiva una actitud política. El ser social del hombre implica también el ser político; y el ejercicio de sus derechos y cumplimiento de sus deberes, le obliga a actuar con una clara conciencia de sus actos, lo que equivale a decir, con una responsable ubicación política ante el Estado.

### III

**Estado y comunidad:** Las relaciones sociales de producción generan una estructura económica cuyo mantenimiento importa la necesidad de establecer una jerarquía administrativa que reglamente el sostenimiento del orden existente. Y esto implica a todos los miembros de la sociedad. La comunidad convertida en Estado constitucional que agrupa a un conjunto de individuos dispuestos a realizar su propia experiencia histórica como nación territorialmente configurada, reclama de todos sus miembros la responsabi-

lidad de un compromiso político. Establecida la Carta Constitucional que ha de regirlos como connacionales, todos los individuos adquieren automáticamente una serie de obligaciones y de derechos, que los incorpora a la vida activa de la nación en todas sus manifestaciones.

En las sociedades divididas en clases sociales antagónicas, como es la sociedad capitalista, los deberes y derechos individuales se agrupan también en deberes y derechos de clases, que se expresan en permanente conflicto. De aquí surgen todas las falsas interpretaciones y valoraciones que la minoría sostenedora del poder difunde tendenciosamente como una forma de menoscabar y hacer inefectivos los derechos de las mayorías. Nace así la especie del apoliticismo, como negación de la obligada participación de toda la comunidad en la formación del Estado.

En torno al apoliticismo se va formando una imagen del hombre, despreocupado de los afanes políticos, que sólo actúa en función de subsistencia y recreación. Se va así desposeyendo sistemáticamente a todas las ocupaciones del individuo de su trascendental sentido político, como una forma de cautelar su fuerza social.

Pero como hemos expresado más arriba, lo social y lo político marchan permanentemente unidos, en cuanto corresponden ambas dimensiones a la unidad indisoluble de la conciencia, que como tal, es el reflejo de la realidad ambiente en todas sus manifestaciones. No hay acto del hombre cuya motivación no se determine de manera social y en la que no intervenga por consiguiente un criterio político de apreciación. Porque la política es la esencia misma de la civilidad en el individuo. Todo hombre por ser miembro integrante de la comunidad, constituida esta en sociedad civil, adopta una dimensión de conciencia en armonía con su estado social y adviene a una nueva calidad de su ser, que es la de persona civil adscrita a una escala de valores sociales que le genera deberes y derechos irrenunciables moralmente.

Sin embargo podemos apreciar cómo el pensamiento político de la Derecha ha desvirtuado sistemáticamente esta condición del individuo. Y es dable comprobar, especialmente en los integrantes de las capas medias de la población, convencimiento de que es una prueba irrefutable de honorabilidad, el haber sabido permanecer durante toda una larga vida de ingentes sacrificios, al margen de todo partidismo político, poniendo especial énfasis en manifestar el orgullo que

les causa el poder ostentar la absoluta libertad de conciencia ante la vida política de su país y del mundo, lo que le ha permitido ejercer su derecho a voto con total prescindencia partidaria, sufragando siempre por el hombre que a su juicio reúne las cualidades morales e intelectuales más irreprochables, sea él conservador, liberal, radical o de cualquier tendencia que no atente contra el orden existente. Y este criterio es utilizable igual para votar por un candidato a regidor o parlamentario, que para Presidente de la República. El apoliticismo se transforma así en un eficaz instrumento de la clase dirigente, que le permita defender sus intereses de clase asegurándose en el poder, mediante la disgregación de la conciencia política de los sectores antagónicos.

Podemos apreciar cómo el apoliticismo se ha hecho carne en la conciencia de vastos sectores de clase media, cuyas diversas instituciones sociales tienen especial cuidado en excluir de su seno todo germen nocivo de manifestación política. Y la desfiguración de la conciencia social llega a invadir muchas veces a elementos progresistas que teniendo una idea más o menos clara de los problemas nacionales, demuestran no obstante la contradicción de hacer el juego a la Derecha, defendiendo determinadas áreas de la actividad social, de lo que ellos llaman la "contaminación política".

El apoliticismo trae por consecuencia, y esto la Derecha lo ha calculado muy sabiamente, el debilitamiento progresivo de la conciencia de clase. La defensa de intereses opuestos solo puede efectuarse a través de la fundamentación ideológica de los grupos en pugna y esto sólo es posible cuando existe una clara conciencia de clase.

Es decir, cuando se ha llegado a comprender que los problemas que afectan a la sociedad en su conjunto son los mismos problemas que afectan al individuo, y que ellos emanan de la estructura económica y de la fundamentación política de dicha sociedad; cuando se ha llegado a entender porqué, entre los derechos y deberes de los individuos dentro del Estado, existe una pugna irreconciliable, y que, a medida que la concentración del poder económico enriquece más y más a unos pocos y empobrece más y más a la gran mayoría de la comunidad, el Estado se hace más poderoso y más fuerte en la represión de los derechos de esa mayoría y más riguroso en hacer cumplir las obligaciones y deberes de los más débiles. Y cuando se ha comprendido que esta problemática es el producto de un

régimen social determinado y que la fundamentación de este régimen es político, siendo por lo tanto necesario actuar políticamente para poder cambiarlo, entonces es cuando la conciencia de clase ha florecido en los individuos y la fundamentación ideológica que unificará dichas conciencias emergerá poderosa para transformarse en el instrumento de lucha de las mayorías.

El apoliticismo se ha constituido en un arma negativa que va en contra de los intereses de quienes viven de rentas fijas. La burguesía ha sabido explotar la desorientación de las capas medias de la comunidad; de aquellos sectores que habiendo obtenido un cierto nivel de seguridad material, han hecho suyos las aspiraciones y los valores sociales y espirituales de la clase dirigente. Se han llegado a identificar con el orden en vigencia, considerándolo como la organización natural de la comunidad y única compatible con la existencia de las libertades y derechos individuales. Y en un acto de masoquismo social, llegan a justificar muchas veces sus propias vicisitudes económicas señalándolas como el producto de su mala suerte o de sus faltas de aptitudes para obtener mejores ventajas materiales. Justifican en esta forma también la riqueza desmesurada y los privilegios de la clase dirigente, atribuyéndola a la inteligencia, el espíritu emprendedor, las cualidades excepcionales del hombre de empresa, etc., y terminan erigiendo a determinados exponentes de esta clase en verdaderos arquetipos cuyas virtudes les servirán de modelo a alcanzar en un futuro incierto.

Mientras tanto la burguesía sabiamente, continúa con persistencia su labor de deformación de la conciencia social. Exalta al hombre de empresa como el pionero más calificado del progreso material, y tiene especial cuidado en mostrarlo como una personalidad positivamente contraria a la del hombre dedicado a la actividad política. El empresario es esforzado, imaginativo, cumplidor de sus deberes para con el Estado, contribuye al progreso económico de la nación y da empleo a cientos y miles de trabajadores que sin él, se morirían de hambre. El hombre dedicado a la política es en cambio audaz, corrompido, dispuesto a obtener una prebenda para lo cual todos los medios son aceptables; el político es el prototipo del decaimiento moral y del estancamiento social de la comunidad. A él se debe el atraso económico del país, la falta de escuelas, de hospitales, de bibliotecas públicas, de alimentación sana, etc.

Esta imagen de la realidad social, difundida por todos los medios que la burguesía controla, va conformando en la conciencia de ciertos sectores huérfanos de una clara visión de los problemas, un profundo repudio hacia la actividad política que llegan a considerar como la única culpable de los desajustes que acusa la nación y de las injusticias sociales que ello entraña. Mientras tanto, los sectores de Derecha mantienen un férreo control de la actividad del Estado; y cuando corresponde reemplazar a los ciudadanos de turno en el Parlamento o en la Presidencia de la República, los partidos políticos que los representan desarrollan una tesonera labor para demostrar, que si bien la política es corrompida, ellos son los menos corrompidos de los políticos y que por último, para mayor confianza y seguridad hacia el electorado, se erige la candidatura de un "independiente" de reconocido prestigio como hombre de empresa, el que gozará del apoyo de los partidos políticos que defienden el orden vigente, lo que da garantía y seguridad al electorado no militante.

El apoliticismo se manifiesta así como una fuerza contraria a los intereses del proletariado y de la clase media trabajadora. Significa la desnaturalización de la conciencia social en beneficio de la burguesía, la que en la defensa de sus intereses se demuestra en cambio cohesionadamente politizada y consistente.

Se dice en algunos círculos, inclusive en aquellos en que es dado encontrar una conciencia más o menos clara de la problemática social, que hay determinadas zonas de la realidad, o de la actividad en que la política no puede manifestarse. Es el caso del arte y de la literatura. Creemos que ello depende de la concepción que se tenga de aquello que se designa bajo el término de "política". Entendemos que la política es algo más extenso y profundo que lo que comúnmente conocemos a través de la vida partidaria. Política es forma e interpretación de vida social; no hay comunidad sin vida política, como no hay conciencia social sin perspectiva política; el apoliticismo mismo es una ubicación política, la más nefasta y negativa para los trabajadores, pero ubicación política. Porque la política es perspectiva, es punto de vista obligado que está implícito en todo ser humano por el hecho de convivir en sociedad. No hay perspectiva hegeliana posible, el hombre está inmerso en la sociedad y su única realidad es el mundo en el que vive y del que vive. Por eso, creemos que en el arte, existe creación

individual sólo en la forma, en el estilo, pero no en cuanto a contenido. El arte sólo puede reflejar una realidad, que es la realidad del mundo en que se vive, descompuesta en sus elementos más simples y en heterogéneas posiciones y formas. Puede reflejar la realidad interna de los individuos y estará reflejando sus propias relaciones con el mundo, porque el hombre nutre su vida interna en el medio influenciable de su propio mundo. Así, mientras más clara es la conciencia social del artista, mientras más cabal sea el conocimiento de sus relaciones con el mundo y con los demás hombres, mientras más nitido tenga en su mente el conocimiento de las leyes que rigen el mundo material y el desarrollo de su conciencia, más claro se reflejará en su obra la fundamentación política de su perspectiva histórica. Y no hablar del escritor, en el que necesariamente esta perspectiva debe señalar un rumbo a su imaginación creadora. A esta altura del desarrollo histórico, no pueden tener cabida las fundamentaciones metafísicas en el arte y la literatura.

Pero hay quienes inclusive pretenden a este nivel del desarrollo social, que el Sindicalismo debe desenvolverse al margen de la vida política de la sociedad. Quienes piensan así y desgraciadamente son todavía muchos, sustentan la idea de que la vida gremial nada tiene que ver con la política. Nosotros decimos, ¿Podría establecerse claramente dónde está el punto que divide a lo político de lo sindical? Es una teoría verdaderamente absurda. Los trabajadores agrupados en sindicatos, buscan en esta forma crear los instrumentos de lucha que les permitan presentar un frente unido ante la clase patronal, y obtener conquistas sociales que les permitan participar de ciertos beneficios, como fijación de salarios y sueldos mínimos, horarios de trabajo compatibles con su calidad de seres humanos, vacaciones reglamentarias, ciertas medidas de seguridad en el empleo, etc. Pero la acción del Sindicato incide fundamentalmente en la actividad económica de la sociedad, y esta actividad económica está orientada y planificada por la acción política del estado. Es evidente por lo tanto que deberá interesar al sindicato toda medida de orden estatal que reglamente, establezca privilegios, dé facilidades o imponga limitaciones al desenvolvimiento de la vida económica de la comunidad, porque todas estas alternativas inciden en forma directa en los intereses de sus asociados. No puede por lo tanto el sindicato estar ausente de la vida política de la sociedad, porque ella es en última instancia la reguladora de todas las activida-

des sociales en las que normalmente tendrán que desenvolverse los trabajadores.

La orientación política de los sindicatos, debe necesariamente estar en armonía con los intereses generales de los trabajadores. Y es tarea obligada de un buen dirigente esforzarse en despertar la conciencia social de sus representados y vigorizar en ellos el espíritu de clase, que les permita reconocer inequívocamente la causa fundamental de sus problemas económico-sociales. El sindicato no sólo tiene la responsabilidad de defender las reivindicaciones inmediatas de sus asociados, sino también de educar y adiestrar políticamente a los miembros del gremio señalándoles la realidad objetiva y concreta de los graves problemas que afectan al país. La elevación del nivel político de los miembros del sindicato no quiere decir como suponen algunos recalcitrantes, que se trata de hacer proselitismo político en favor de un partido determinado. En ningún caso el sindicato debe hipotecar su independencia y autonomía para ponerse al servicio de una consigna partidista determinada. La elevación del nivel político de los trabajadores, significa clarificar su conciencia en la comprensión de los problemas que le afectan, de las conexiones existentes entre su problema económico y el régimen social y político existente; de las relaciones entre la estrategia desarrollada por sus patrones y la orientación general que el gobierno establece para todas las actividades económicas de la nación. Y aún de las relaciones existentes

entre el estado de las finanzas públicas y la actividad económica general y las relaciones internacionales impulsadas por el gobierno. En general, el sindicato debe ser el instrumento que permita a los trabajadores ensanchar el campo de su perspectiva social, incorporando a sus inquietudes todas las actividades que la nación desarrolle como cuerpo social y que inciden en su vida ciudadana, la educación de sus hijos, el deporte, las diversiones, la vivienda, etc. A esto llamamos elevación de la conciencia política de los trabajadores, y necesariamente ésto, le hará ubicarse en las circunstancias que lo requieran, junto a los partidos que mejor representen sus intereses, sin estar incondicionalmente entregados a ellos.

Creemos que en estos instantes se plantea impostergablemente a todas las conciencias responsables, a todos los que han previsto con anticipación la enorme encrucijada histórica de la hora presente, en que la nueva sociedad se manifiesta alcanzable a corto plazo, la necesidad de desterrar definitivamente el apoliticismo como forma de interpretación de la sociedad y de sus diversas instituciones. Ahora más que nunca es necesario tener la conciencia alerta ante la burguesía, cuyas armas se hacen más poderosas a medida que se aproxima su derrumbe total. El mundo camina vigorosamente hacia el socialismo. Tratemos de hacer más rápida y segura nuestra victoria, oponiendo una clara conciencia política ante el apoliticismo estafador de la Derecha.